ADELA TURÍN

ARTURO Y CLEMENTINA

Ilustraciones de
NELLA BOSNIA



Lumen

Título original:
Arturo e Clementina
Traducción: Humpty Dumpty

Publicado por Editorial Lumen, S.A.,
Ramon Miquel i Planas, 10 – 08034 Barcelona
Reservados los derechos de edición
en lengua castellana para todo el mundo.

© Dalla Parte Delle Bambine, Milán, 1976

Primera edición en nuevo formato: 2001

Impreso en EGEDSA. Rois de Corella, 12. Sabadell.

Depósito Legal: B. 8.374-2001
ISBN 84-264-3801-6

Printed in Spain

ADELA TURÍN

ARTURO Y CLEMENTINA

Ilustraciones de
NELLA BOSNIA



Editorial Lumen



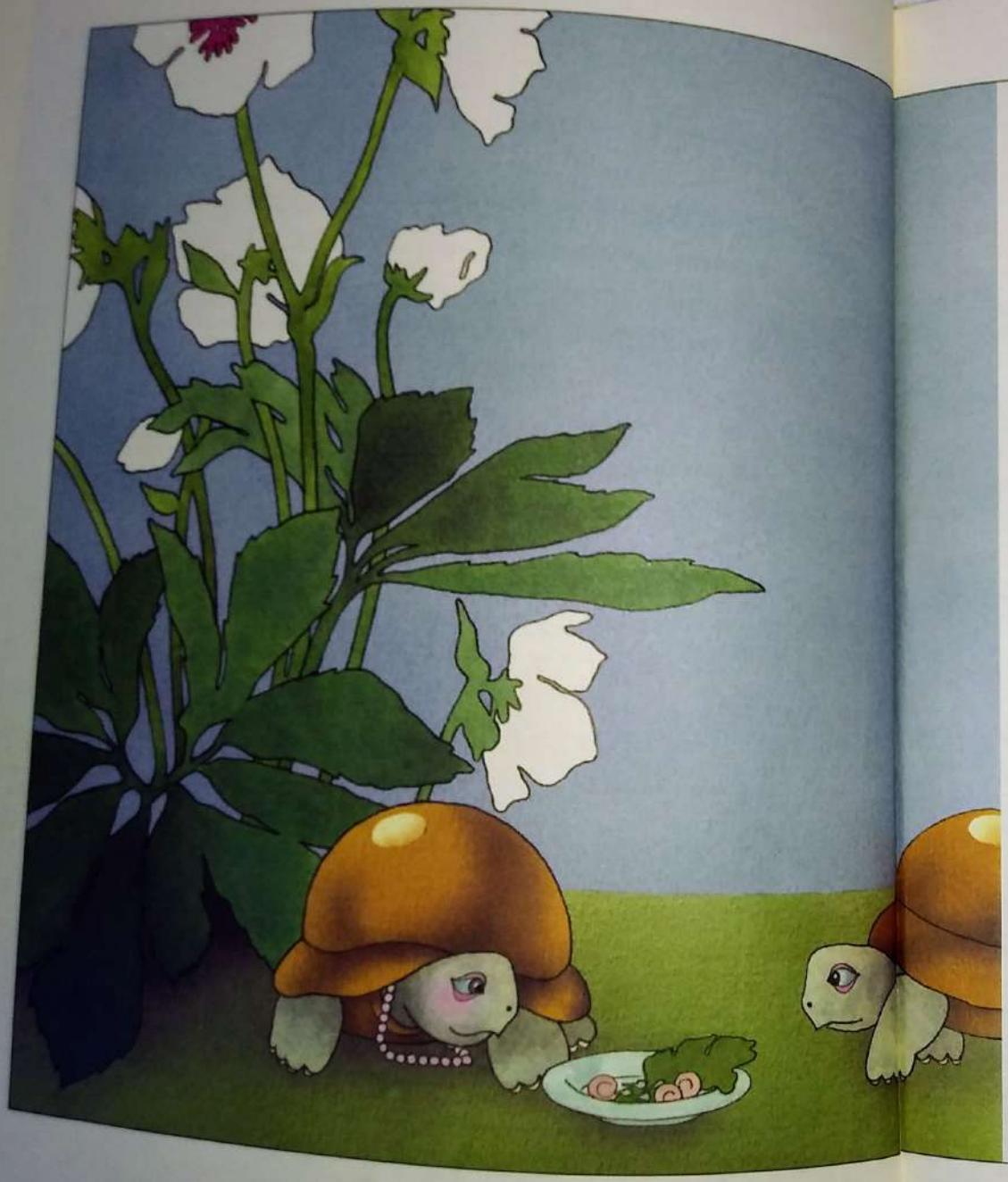


Una hermosa mañana de primavera,
Clementina y Arturo, dos jóvenes
y hermosas tortugas rubias,
se conocieron al borde de un estanque.
Y aquella misma tarde decidieron casarse.



Clementina, alegre y despreocupada, hacía mil planes para su vida futura, mientras paseaban a la orilla del estanque y pescaban, de vez en cuando, un pececillo para la cena.
Clementina decía:
"Ya verás qué felices seremos:
viajaremos y descubriremos otros estanques y otras tortugas. Encontraremos otras clases de peces, otras plantas y otras flores,
a lo largo de los ríos. La vida sera maravillosa. Iremos incluso al extranjero... Mira, siempre he soñado con visitar Venecia..."
Y Arturo sonreía, aparentemente de acuerdo.



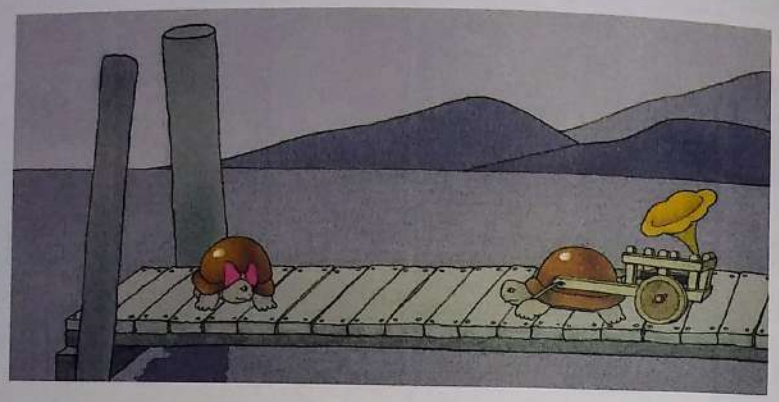


Pero los días pasaron, todos iguales, al borde del estanque. Arturo había decidido ir él solo a pescar, para que Clementina pudiera descansar. A la hora de la cena, llegaba cargado de renacuajos y caracoles, y le preguntaba a Clementina:
"¿Cómo estás, cariño? ¿Has pasado un buen día?"
Y ella suspiraba:
"Me he aburrido mucho, ¡todo el día sola y esperándote!"
"¿¿¿Te has aburrido???", se indignaba Arturo, "¿Aburrido? Pues busca algo que hacer, el mundo está lleno de ocupaciones interesantes. ¡Sólo se aburren los tontos!"
Clementina se avergonzaba de ser tonta, pero se seguía aburriendo igual.

Un día, cuando volvió Arturo,
Clementina le dijo:
"Me gustaría tener una flauta. Aprendería a tocarla y la música me distraería. Incluso podría inventar bonitas canciones..."
A Arturo la idea le pareció absurda:
"¿Tú? ¿Tocar la flauta, tú? Estoy seguro de que ni siquiera conseguirías distinguir las notas. Te conozco bien. Además, cantas fatal."



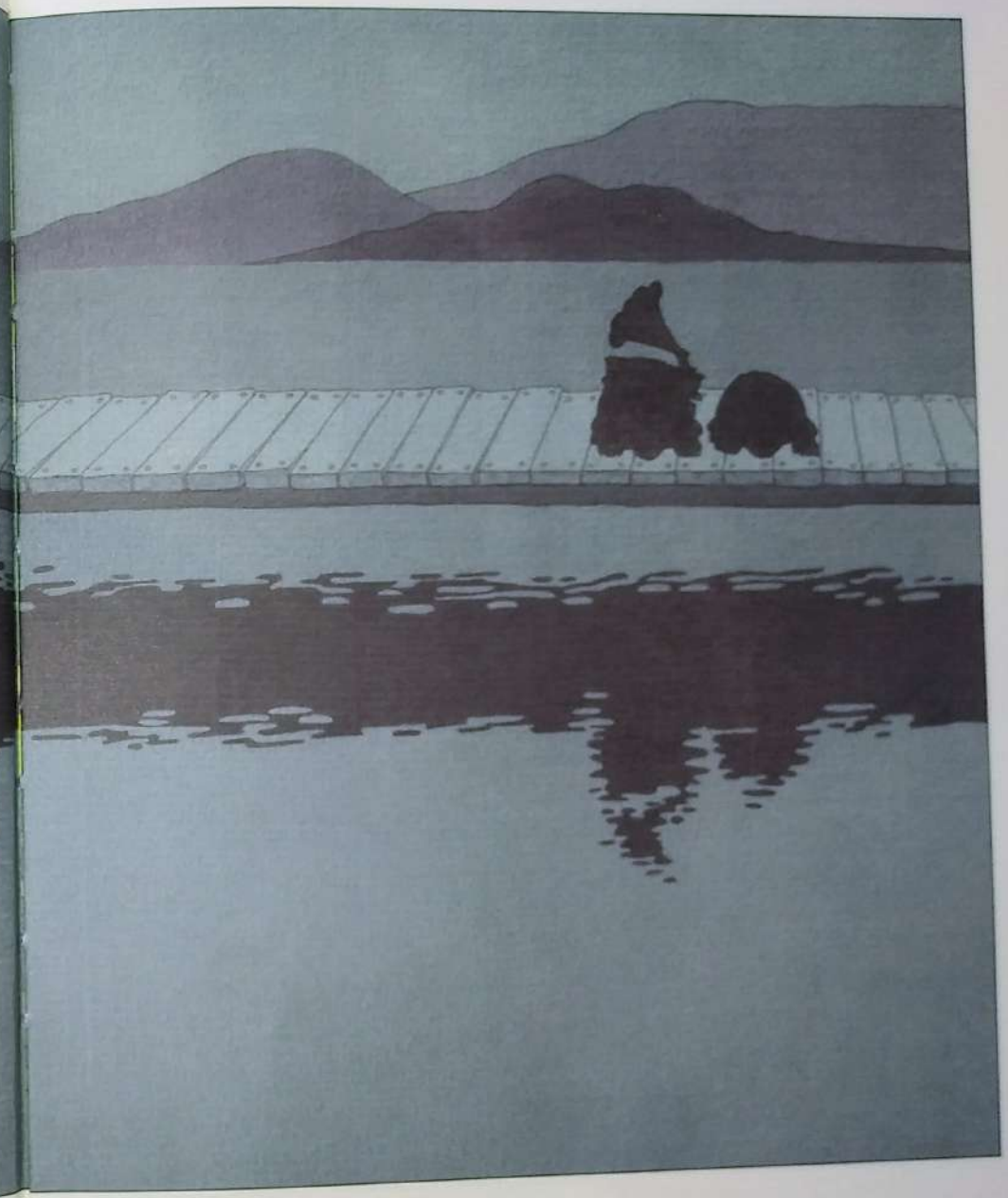


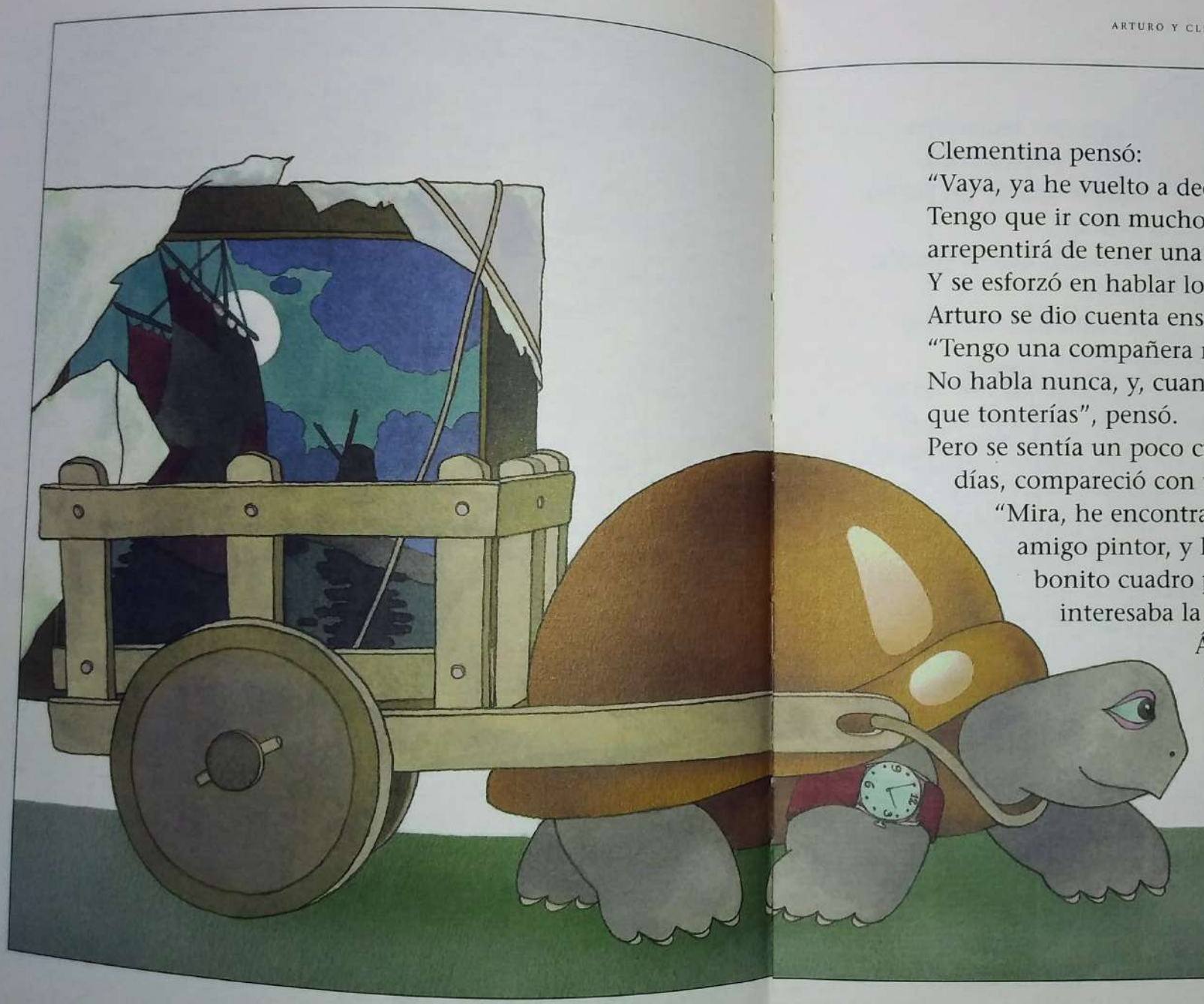


Aquella misma noche, Arturo llegó con un bonito gramófono y con un disco, y lo ató a la casa de Clementina, mientras le decía:
"Bien, así no lo perderás... ¡Eres tan distraída!"
Clementina le dio las gracias. Pero aquella noche le costó dormirse. Se preguntaba por qué tenía que cargar con aquel pesado gramófono en lugar de con una ligera flauta, y si era verdad que no habría podido aprender solfeo y que era tan distraída.
Después, un poco confusa, decidió que probablemente era así, puesto que Arturo, que era tan inteligente, lo decía. Y, con un suspiro resignado, se durmió.

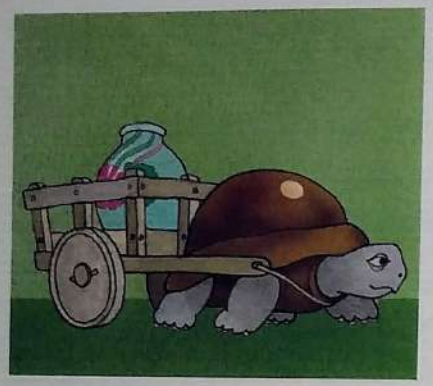


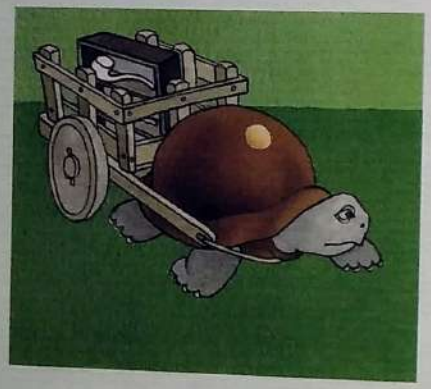
Durante algún tiempo, Clementina
escuchó el disco. Después se cansó.
El gramófono era, de todos modos,
un objeto bonito, y se entretuvo
limpiándolo y sacándole brillo.
Pero, pasados unos días, volvío
a aburrirse terriblemente.
Y un atardecer, mientras veían
cómo se elevaba la luna sobre el
mismo pequeño estanque de
siempre, Clementina dijo:
"Sabes, Arturo, algunas veces veo
unas flores muy bonitas y de colores
tan extraños, que me dan ganas de
llorar... Me gustaría tener una caja
de pinturas y poder copiarlas."
"¡Vaya idea ridícula!", respondió Arturo.
"¿Acaso te crees una artista?
¡Qué bobada!"
Y reía, reía, reía...





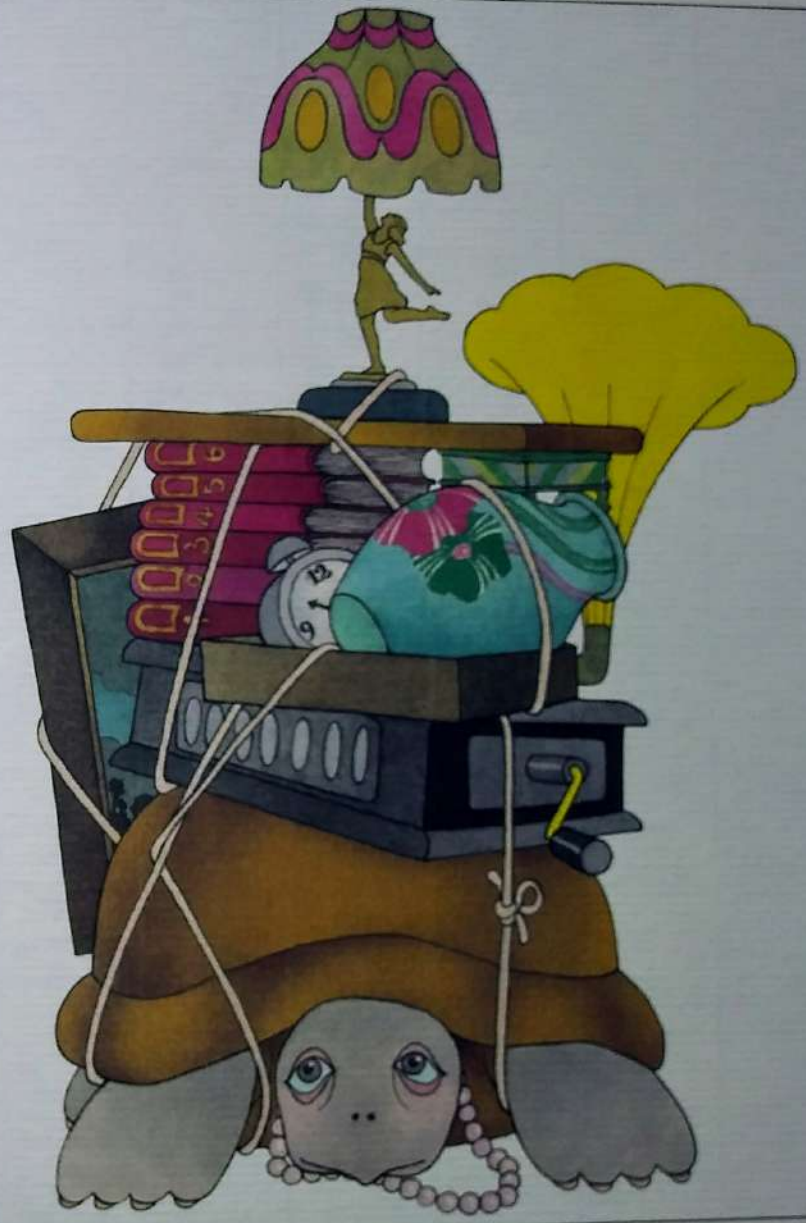
Clementina pensó:
"Vaya, ya he vuelto a decir una tontería.
Tengo que ir con mucho cuidado, o Arturo se arrepentirá de tener una esposa tan estúpida."
Y se esforzó en hablar lo menos posible.
Arturo se dio cuenta enseguida.
"Tengo una compañera realmente aburrida.
No habla nunca, y, cuando habla, no dice más que tonterías", pensó.
Pero se sentía un poco culpable y, a los pocos días, compareció con un gran paquete.
"Mira, he encontrado a Román, mi amigo pintor, y le he comprado un bonito cuadro para ti. Decías que te interesaba la pintura... Aquí está. Átatelo bien, porque, con lo descuidada que eres, podrías perderlo. Y es caro."

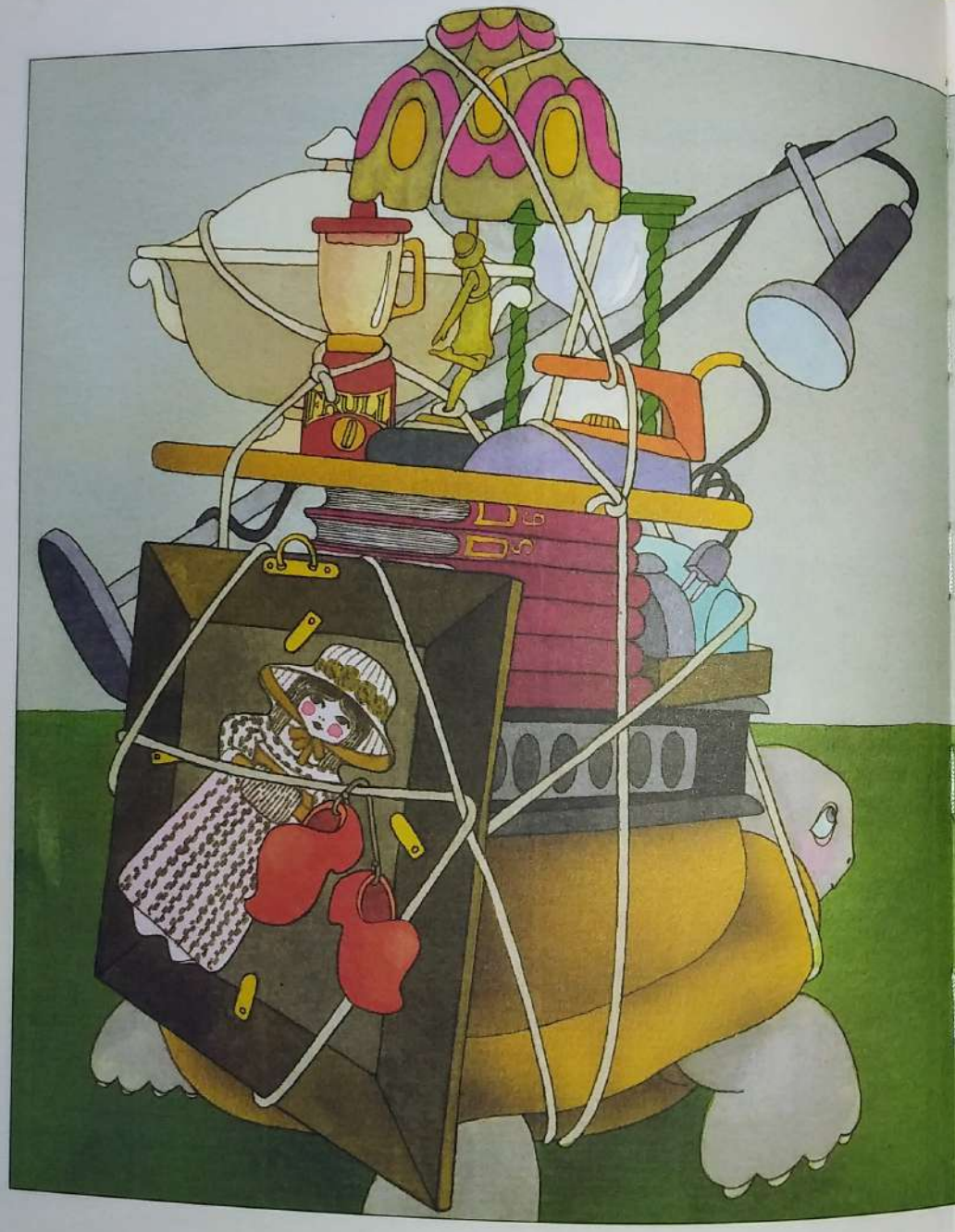


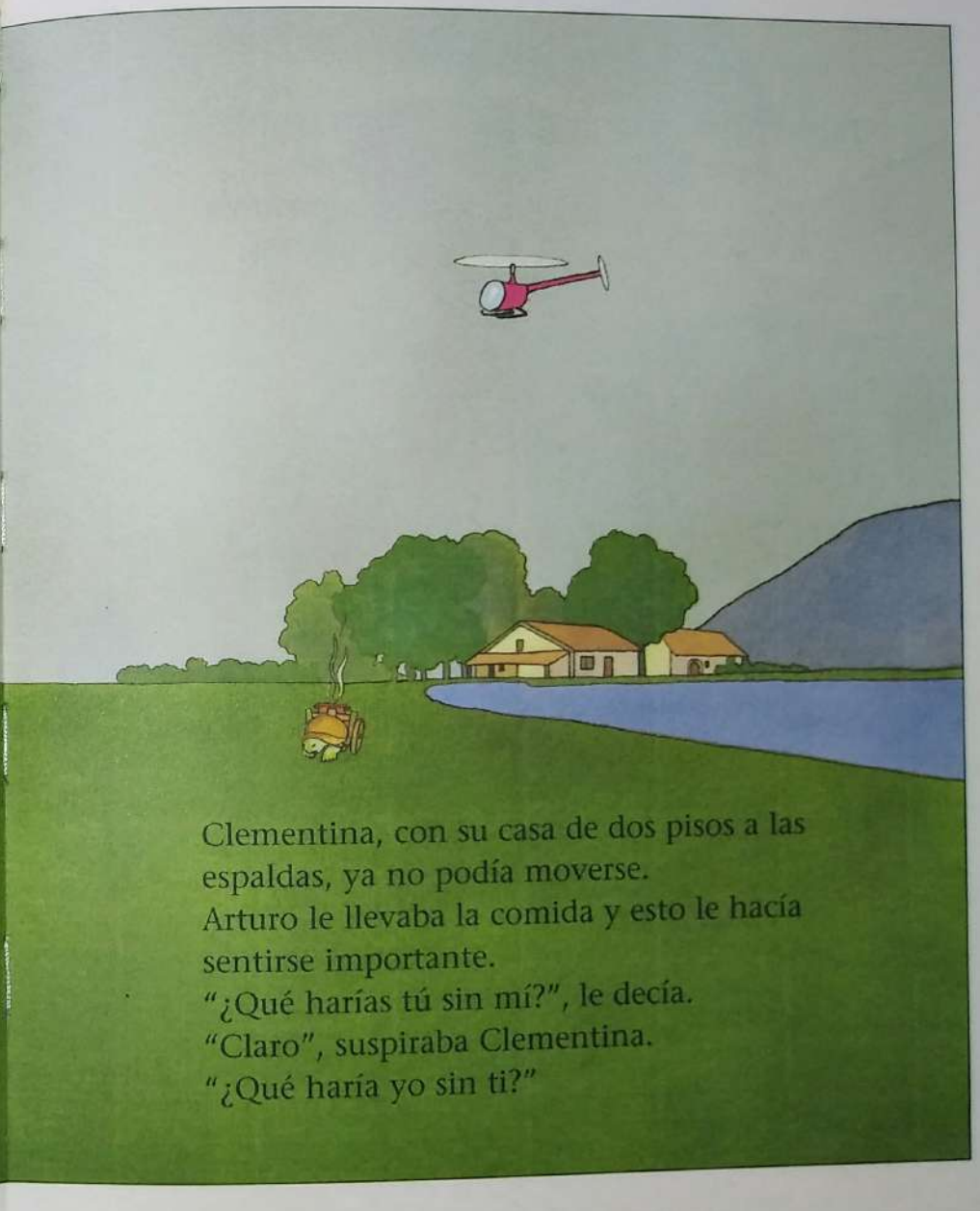




La carga de Clementina aumentó poco a poco.
Un día se añadió un jarrón de Murano.
"¿No decías que te gustaba Venecia?
¡Pues aquí tienes, cristal veneciano!
Ten cuidado de que no se te caiga. ¡Eres tan torpe!"
Otro día, Arturo compareció con una colección de pipas austríacas, dentro de una vitrina.
Después fue una enciclopedia de doce volúmenes, que hizo suspirar a Clementina:
"¡Si por lo menos supiese leer!"
Llegó el momento en que hubo que añadir otro piso a la casa de Clementina: los objetos se amontonaban a decenas.







Clementina, con su casa de dos pisos a las espaldas, ya no podía moverse.
Arturo le llevaba la comida y esto le hacía sentirse importante.
"¿Qué harías tú sin mí?", le decía.
"Claro", suspiraba Clementina.
"¿Qué haría yo sin ti?"

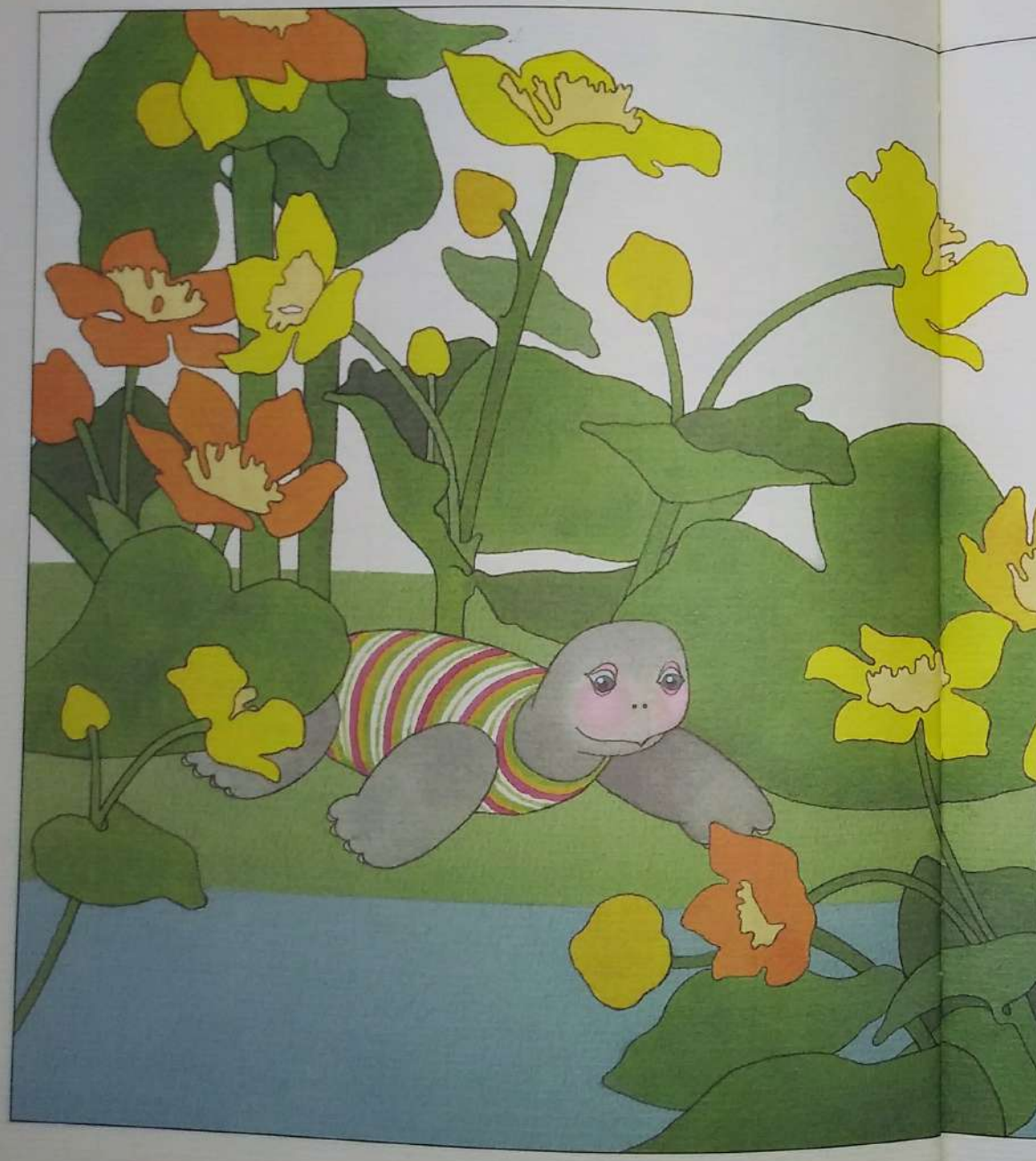
Poco a poco, el segundo piso también estuvo
lleno. Arturo encontró la solución:
tres nuevos pisos se sumaron a
los dos primeros.







La casa de Clementina era ya un rascacielos cuando, una mañana de primavera, decidió que aquello no podía seguir.



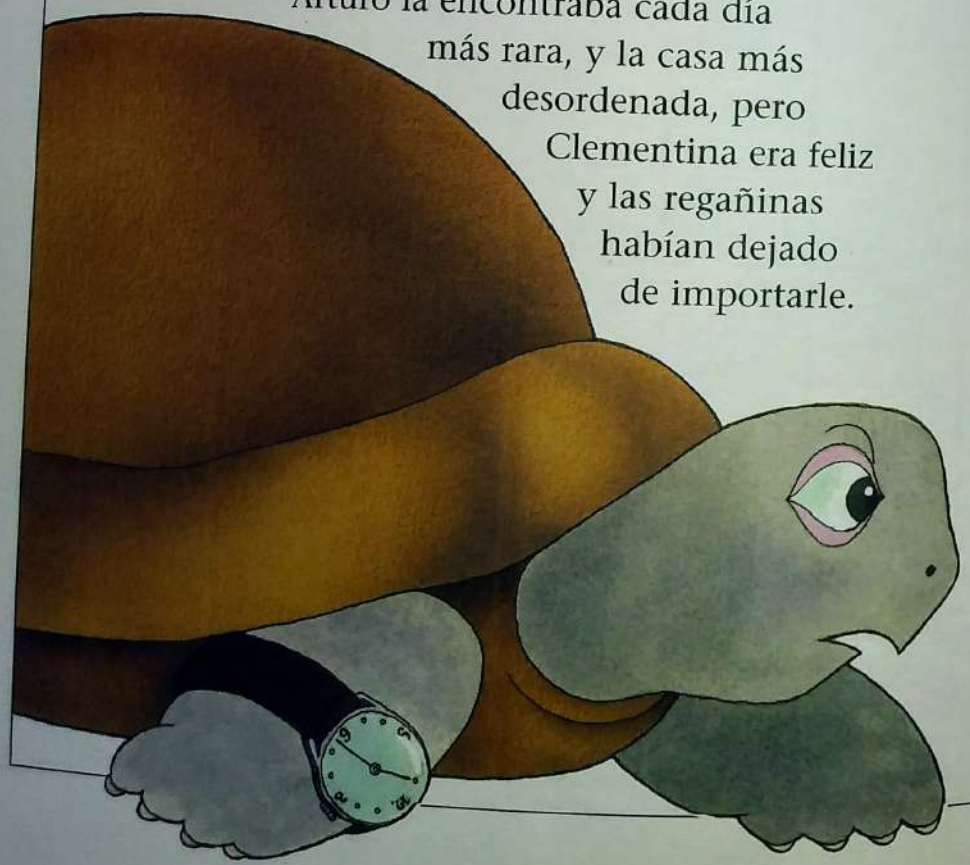
Se deslizó sobre las puntas de los dedos de los pies por la puerta de atrás y salió a dar un paseíto.

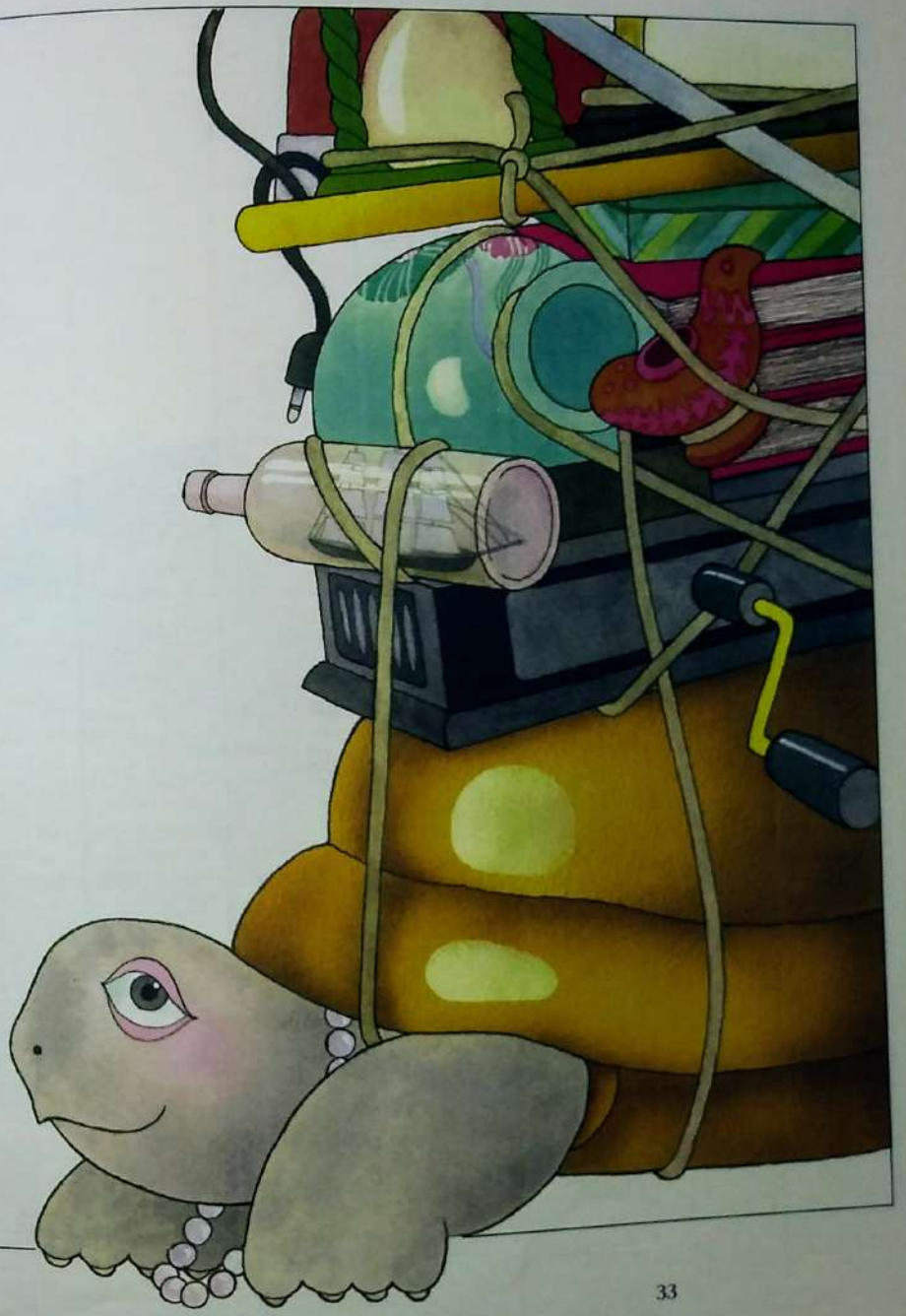
Fue maravilloso pero corto: Arturo vendría a comer y tendría que encontrarla en casa.

Como siempre.

Poco a poco, el paseíto se convirtió en una costumbre y Clementina estaba cada día más satisfecha de su nueva vida.

Arturo no sabía nada, pero sospechaba
que ocurría algo.
"¿Por qué sonríes todo el rato?", dijo.
"¡Pareces tonta!"
Pero esta vez a Clementina no le preocupó
en absoluto.
Ahora salía de casa en cuanto Arturo
volvía la espalda.
Arturo la encontraba cada día
más rara, y la casa más
desordenada, pero
Clementina era feliz
y las regañinas
habían dejado
de importarle.

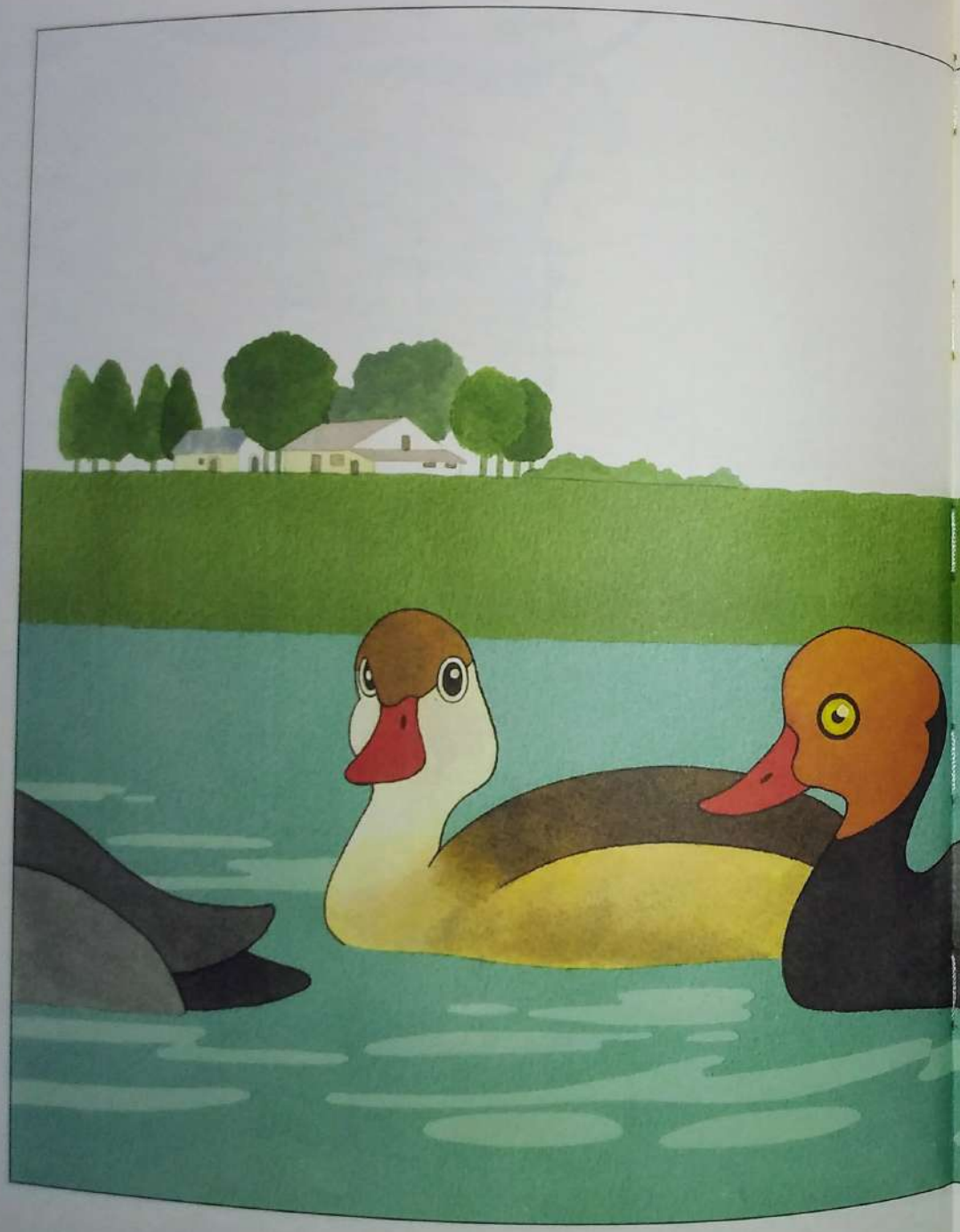




Y un día, Arturo encontró la casa vacía.



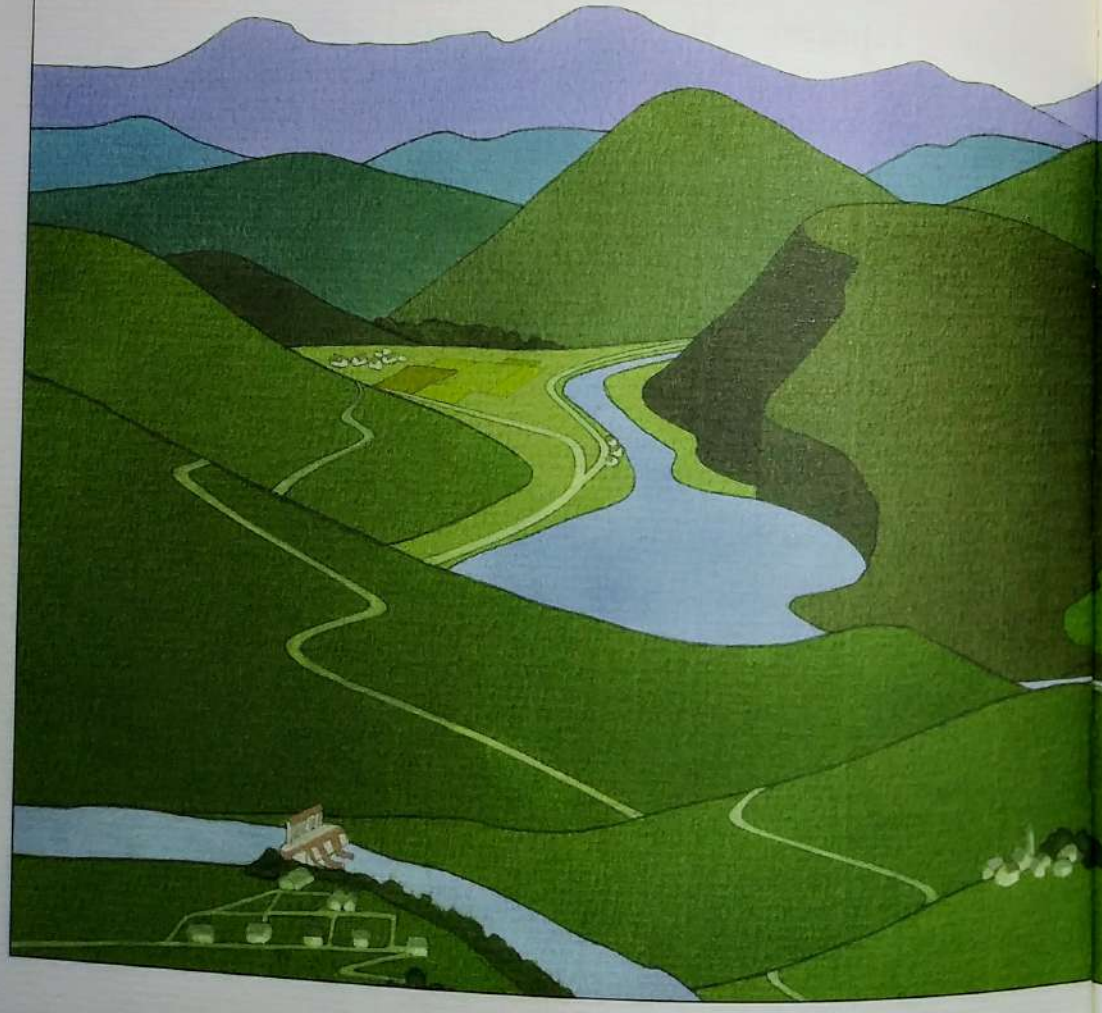




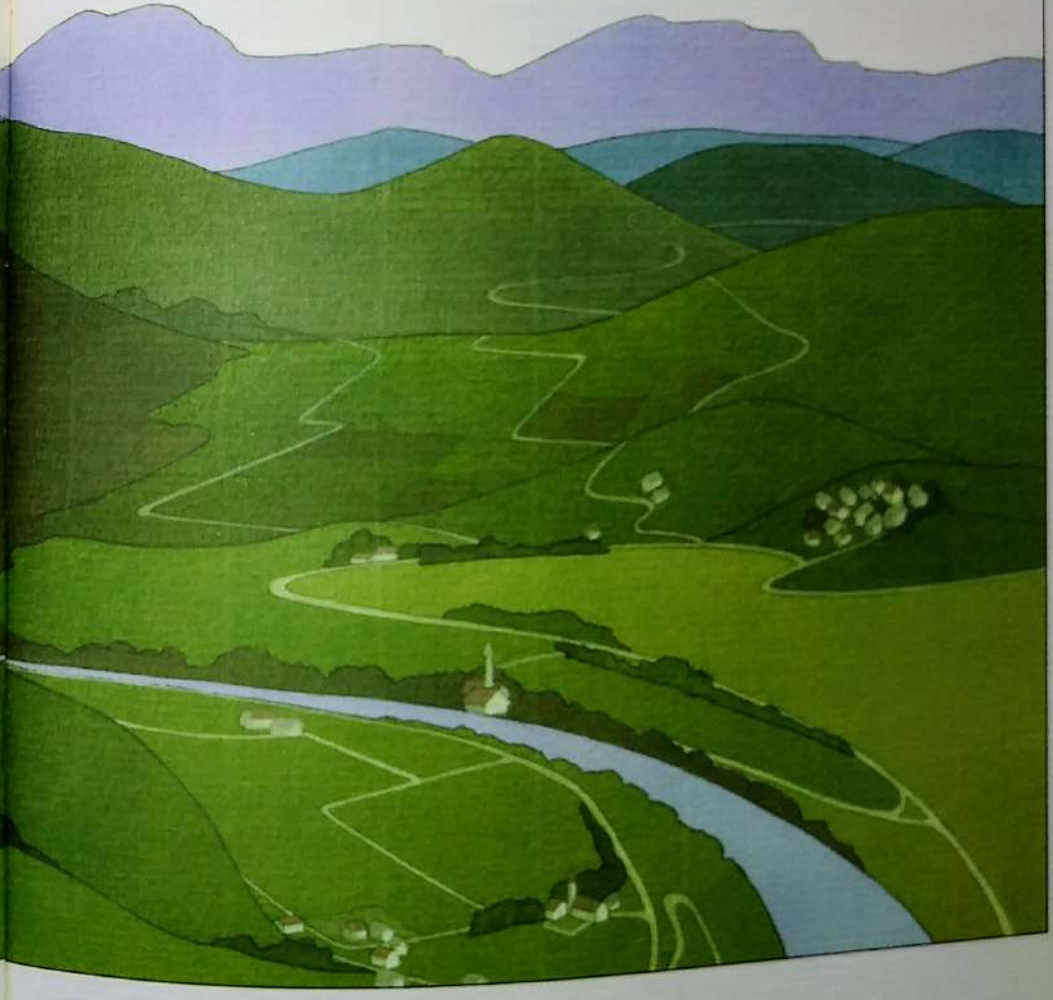
Se sintió sorprendido, indignado, despechado.
Mucho más tarde, al contar su historia, les
decía a sus amigos:
"¡Qué ingrata, la tal Clementina!
No le faltaba de nada, veinticinco pisos
tenía su casa.
¡Veinticinco pisos! ¡Y llenos de tesoros...!"



Las tortugas viven muchísimos años.
Seguramente Clementina sigue viajando
por el mundo. Tal vez toque la flauta
o pinte hermosos cuadros...



Si encuentras una tortuga sin casa, llámala:
¡Clementina! ¡Clementina!
Quizás te responda, pero no es seguro: muchas
otras tortugas han seguido su ejemplo.



ARTURO Y CLEMENTINA



Al casarse, Clementina soñaba con una vida llena de aventuras y descubrimientos.
Arturo le proporcionó una vida tranquila y sin sorpresas. ¿Quería aprender a tocar la flauta? Él le ofrecía amablemente un disco. ¿Quería pintar? Le regalaba un bonito cuadro. ¿Quería ir con él a Venecia? Le compraba un hermoso jarrón de Murano. Clementina carga con los regalos, agota sus posibilidades y se aburre a morir.
Hasta el día que decide vivir a su gusto,
elegir por sí misma lo que le conviene.
Arturo, cuando encuentra la bonita casa vacía,
no entiende nada...

Editorial Lumen

ISBN 84-264-3801-6
9 788426 438010